

Manuel Artime Omil

Jesús Miguel DÍAZ ÁLVAREZ y Antolín SÁNCHEZ CUERVO (eds.), *El legado filosófico del exilio español de 1939*, en *Éndoxa: Series Filosóficas*, núm. 49, 2022 (Ejemplar dedicado a: *Voces del exilio. Comunidad filosófica y deber de memoria*).

Artime Omil, Manuel (2023). Aurora 24. 128-130. ISSN: 1575-5045. e-ISSN: 2014-9107. DOI: 10.1344/Aurora2023.24.13. Recepción: 4/10/2022. Aceptación: 6/11/2022. Publicación: 13/2/2023

martime@pontevedra.uned.es
ORCID: 0000-0002-2763-4324
UNED, Pontevedra

CC BY-NC-ND 3.0 Spain

El pasado traumático deja siempre un encargo al presente: medir la distancia que nos separa de aquellos hechos. El recuerdo del 36 ha sido permanente en la democracia española. Ha estado presente entre quienes lamentan la derrota y la orfandad a que ha sido abocada nuestra cultura democrática. Pero, también, entre quienes reclaman pasar página y dar por irrecuperable el legado de los derrotados. No ha dejado de tener sentido, lo hemos visto en el debate intelectual y académico, preguntarse por el peso de aquella pérdida, también para quienes el objetivo es devaluarla. Los testimonios que han llegado desde el exilio conforman un instrumento precioso que ilumina el debate; un debate sobre en qué medida la democracia española se ha hecho justicia a sí misma y en qué puede dar sus ilusiones y juicios de antaño por amortizados.

En este número 49 de la revista de filosofía *Éndoxa* se insta a profundizar en la recurrente pregunta acerca de la cultura española y sus deudas con el pasado. Bajo el título introductorio «El pensamiento del exilio», se lleva el foco en esta ocasión al ámbito de la filosofía y a la huella que ha dejado en nosotros el abandono de la senda orteguiana, que sí tuvo continuidad en la filosofía exiliada más allá del Atlántico. El dossier recoge ocho artículos de sendos autores y un par de entrevistas, donde queda manifiesta la fidelidad de los y las filósofos del exilio al proyecto de renovación cultural de Ortega, en su sentido más ambicioso, como recoge el subtítulo de la introducción, «El deber de memoria y la construcción de una comunidad filosófica iberoamericana». Procede felicitar a Jesús Díaz Álvarez y Antolín Sánchez Cuervo, coordinadores del número, tanto por la pertinencia como por el acertado enfoque del mismo.

Abre el dossier un texto de Pedro Cerezo, «Tragedia y metamorfosis de la razón en María Zambrano», donde se sigue la pista al programa orteguiano a través de los juicios históricos de su discípula malagueña. La creatividad del pensamiento para Zambrano estaría ligada al compromiso con el tiempo que a una le toca vivir. Si la abstracción idealista marca para Ortega la decadencia del siglo pasado, en el diagnóstico de Zambrano se presenta el fascismo como un engendro «monstruoso y sombrío» de aquel; un gesto de violencia derivado de la incapacidad del pensamiento para asumir sus propios límites y abandonarse al narcisismo.

Sergio Sevilla, en «Elementos heideggerianos en el pensar de García Bacca», asume en el diagnóstico epocal de la filosofía alemana —del que bebiera Ortega— de agotamiento de la metafísica occidental, la motivación de García Bacca para proponer una nueva ontología. El contraste con Heidegger le permite trazar los perfiles de este otro modelo ontológico, inspirado en el existencialismo, ya no en la hermenéutica, y que reconocerá en la ciencia una disposición más destructiva que de consumación metafísica, como defendería Heidegger.

«La tribuna vacante: Eduardo Nicol y la retórica filosófica tras Ortega», artículo de Juan Luis Fernández Vega, continúa el debate sobre la ciencia y la técnica de primera mitad de siglo, aquí a través de las reflexiones de Nicol, «el gran olvidado de la filosofía española», como le gusta calificarlo a Antolín Sánchez Cuervo. La ciencia, en cuanto ejercicio creativo de conceptos y teorías, habría de hacer valer su vertiente artística, alejándose del tecnologicismo, que prioriza la dimensión instrumental de este saber tan exitoso como deshumanizado.

El naufragio de la cultura moderna debería dar pie, a juicio de Ortega, a una superación del positivismo, y es en dicho contexto donde cobra sentido la renovación de la cultura iberoamericana por él alentada. Así se aborda en «Una influencia de la filosofía del exilio español en el pensamiento iberoamericano: el caso de Eduardo Nicol y Paulo Freire», de Diego Morollón, quien observa en la obra de Paulo Freire la expansión del citado análisis de Nicol sobre la ciencia también a la filosofía de habla portuguesa.

«Exilio y horror en las obras de María Zambrano y Adriana Cavare-ro: autobiografía, “Gedankenexperiment” y concepto de límite» es el título de la aportación de Karolina Enquist, quien nos insta a comparar las reflexiones sobre el exilio realizadas por Zambrano con las que nos son transmitidas a través de pensadores referentes en la temática como Primo Levi, Arendt o Bataille. La experiencia personal del exilio será vista por Zambrano, más allá de su dimensión sacrificial o puramente negativa, como una vivencia que trasciende lo particular, con potencial para proyectarse en símbolo de emancipación universal.

Héctor Arévalo propone otro ejercicio de comparación, en este caso asimilativa, entre el pensamiento de José Ortega y de Hayden White, sobre la importancia de los géneros narrativos en la construcción de identidades personales o generacionales. «El humus trágico de la “Escuela de Madrid”. Ortega y sus efectos sobre la razón poética en Zambrano y la gigantomaquia de la historia en Gaos» viene a respaldar la idea de que nuestra inclinación hacia un género narrativo está determinada por factores de oportunidad estética o política más que científicos o técnicos. Así se quiere observar en el trabajo ensayístico de Ortega, Zambrano o Gaos.

Andrea Luquin, «La construcción de los mitos del fascismo. A propósito de un texto de Max Aub», y Rafael Pérez Baquero, «Melancolía y temporalidad exílica: regresos anacrónicos en la España contemporánea», cierran el apartado de artículos con sendas reflexiones sobre la narrativa construida por el fascismo, el primero, y la narrativa de la transición democrática superadora de aquel, el segundo. Para Max Aub es la simbología uniformizante la que vertebra el mito fascista, concebido como instrumento de dominación de masas. La mitología de la Transición, a su vez, se construye sobre un relato de progreso y que empuja al extrañamiento a los exiliados, como el propio Aub, a quien no le quedará más que decir aquello de «he venido, pero no ha vuelto». Esta imposibilidad de retorno la encontramos también en el testimonio familiar de María del Carmen Rovira entrevistada por Sánchez Cuervo. Y de otro modo, en la entrevista que cierra el número a José Luis Abellán, quien nos recuerda que la consideración hacia estos pensadores del exilio, como «malos españoles que dijeron cosas inconvenientes para el desarrollo español [...] ha llegado prácticamente hasta nuestros días».



Este documento está sujeto a la licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada de Creative Commons, cuyo texto está disponible en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.

Jordi Morell. *Assaig visual de les aigües de la llacuna #3*, 2022

